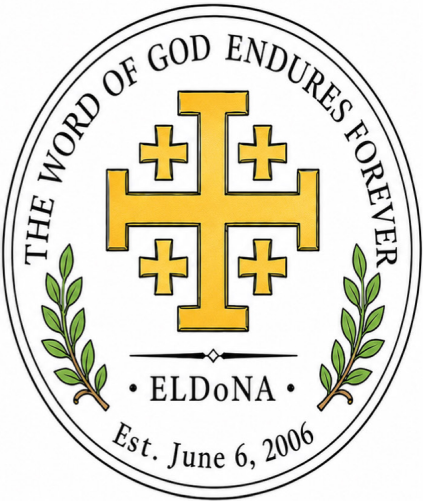
El Heraldo Luterano



2–28 de noviembre de 2026

Una publicación de
La Diócesis Evangélica Luterana de Norteamérica

El calendario

The Lutheran Hymnal (1941): TLH; Suplemento de 2022: ASBH
(Lunes: L; Martes: M; Miércoles: X; Jueves: J; Viernes: V; Sábado: S)

Los números de los himnos para las festividades corresponden a la numeración de los borradores de ASBH entregados en los sínodos más recientes.

1 de noviembre	Trinidad 22 / Todos los Santos	ASBH 60/108
8 de noviembre	Trinidad 25	ASBH 63
11 de nov. (X)	San Martín de Tours, ob. y conf.	ASBH 109
15 de noviembre	Trinidad 26	ASBH 64
22 de noviembre	Trinidad 27	ASBH 65
29 de noviembre	Adviento 1	ASBH 1
6 de diciembre	Adviento 2 / San Nicolás	ASBH 2/66

Seminario Luterano San Ignacio

El trimestre de otoño del tercer año del calendario de San Ignacio comenzó el lunes 7 de septiembre y concluye el 13 de noviembre. El trimestre de otoño es el siguiente:

P004—Homilética 1 (3 h)	Lunes, miércoles y viernes
S008—Teología sacramental (3 h)	Lunes, miércoles y viernes
H005—Posreforma (3 h)	Martes y jueves
P007—Confesión y absolución (1 h)	Jueves

San Ignacio tiene actualmente dos estudiantes: Duncan Geldenhuys (Australia) y Jonathan Teo Zin Han (Singapur).

Programa de visitas

Las visitas del obispo Heiser previstas para noviembre incluyen al pastor Dulas el 6 de noviembre, y al pastor Warr y a los santos de la Iglesia Luterana San Patricio el 8 de noviembre. Las visitas a los pastores Martin Jackson y Eric Stefanski y a las congregaciones que sirven tendrán lugar el fin de semana del 21 al 22 de noviembre.

Lección del Libro de Concordia
Vigesimosegundo domingo después de la Trinidad

La quinta petición.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Esta petición se refiere ahora a nuestra pobre y miserable vida, que, aunque tenemos y creemos la Palabra de Dios, hacemos y sufrimos su voluntad y somos sostenidos por sus dones y bendiciones, no está, sin embargo, libre de pecado. Porque a diario tropezamos y transgredimos, pues vivimos en el mundo, entre hombres que nos hacen gran daño y dan motivo para la impaciencia, la ira, la venganza, etc. Además, tenemos a Satanás a nuestras espaldas, que nos ataca por todos lados y lucha, como hemos oído, contra todas las peticiones anteriores, de modo que no es posible mantenerse siempre firme en tan persistente combate.

Por eso, también aquí es muy necesario invocar a Dios y orar: «Amado Padre, perdónanos nuestras deudas». No como si él no perdonara el pecado sin nuestra oración e incluso antes de ella —pues nos ha dado el Evangelio, en el cual hay puro perdón, antes de que orásemos o siquiera pensásemos en ello—, sino para que reconozcamos y aceptemos ese perdón. Porque la carne en que vivimos diariamente es de tal naturaleza que ni cree ni confía en Dios, sino que siempre se ocupa en malos deseos y designios, de modo que pecamos a diario de palabra y de obra, por omisión y por comisión. Con ello se destruye la paz de la conciencia, que teme la ira y el desagrado de Dios y pierde así el consuelo del Evangelio. Por eso es una necesidad incesante recurrir a esta petición y obtener en ella el consuelo con que confortar de nuevo la conciencia.

Pero esto debe servir para quebrantar nuestro orgullo y mantenernos humildes. Porque él se ha reservado esta prerrogativa: si alguno se jacta de su piedad y desprecia a los demás, que se mire a la luz de esta oración; así descubrirá que no es mejor que los otros y que, ante Dios, todos deben humillarse y contentarse con poder alcanzar el perdón. Y nadie piense que, mientras vivamos aquí, puede llegar a una condición en la que no necesite ese perdón. En suma, si Dios no perdona sin cesar, estamos perdidos.

—Catecismo Mayor, §§85–91

Nuestro Señor Jesús nos habla en el texto de hoy acerca de escuchar su Palabra. Sus palabras son distintas de las nuestras. Nuestras palabras solo tienen poder para nombrar lo que existe. Las palabras de Jesús tienen poder para crear lo que nombran. Por eso, cuando nuestro Señor llama a los hombres a la fe o les dice «Ven, sígueme», ¡se producen la fe y el seguimiento!

Sin embargo, la Palabra del Señor no obra por coacción. Se la puede resistir. Quien recibe con fe la Palabra del Señor recibe también todo lo que ella promete: perdón de los pecados, vida, salvación, la aprobación y el amor de Dios y las glorias eternas del cielo. Por esto Jesús vivió una vida perfectamente santa y sin pecado. Por esto también permitió que lo sacrificaran en la cruz. Adquirió todas estas cosas para nosotros y las da a quienes tienen fe en él. Las palabras de Cristo que escuchamos tienen poder para crear la fe que recibe todos esos dones.

Y, sin embargo, quien «no tiene», es decir, quien no tiene fe, termina abandonando tanto a Cristo como su Palabra y se queda sin nada. Concédanos Dios, pues, escuchar las palabras de Cristo, creerlas y recibir así todos los tesoros que las acompañan.

Colecta: Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra, autor de toda piedad: te suplicamos que estés dispuesto a escuchar las devotas oraciones de tu Iglesia y concedas que alcancemos eficazmente lo que pedimos con fe; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Salomón, hijo de David, construyó el templo para albergar el Arca del Pacto. Llegamos, pues, a las palabras que Salomón pronunció en oración al dedicarse el templo.

Salomón sabía que el templo no podía «contener» a Dios. Consideremos el versículo 27: «Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?». Pero este Dios omnipresente prometió que su Nombre habitaría allí (v. 29), y Dios no puede dejar vacío su propio Nombre. Donde Dios pone su Nombre, allí tiene lugar el perdón de los pecados. ¡Pensemos en el santo Bautismo!

Así, cuando «conocemos y sentimos en nuestros corazones» la necesidad del perdón de pecados concretos, o simplemente reconocemos nuestra continua necesidad de él, acudimos a los medios por los cuales Dios promete darnos ese perdón. Ayer escuchamos que Dios lo hace mediante su Palabra. Los israelitas de antaño recibían la circuncisión, participaban de la Pascua y se volvían hacia el templo donde Dios había puesto su Nombre y su presencia real: el Arca del Pacto. Nosotros acudimos a nuestro Bautismo —la respuesta del Nuevo Testamento a la circuncisión—, en el cual Dios nos hace su templo y pone su Nombre sobre nosotros. Y acudimos a la Cena del Señor —la respuesta del Nuevo Testamento a la Pascua—, donde nuestro Señor se hace presente en su Cuerpo y Sangre y nos bendice al recibir su presencia real para el perdón de los pecados.

Colecta: Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra, autor de toda piedad: te suplicamos que estés dispuesto a escuchar las devotas oraciones de tu Iglesia y concedas que alcancemos eficazmente lo que pedimos con fe; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Este es el Dios vivo que nunca cambia. Lo que prometió entonces permanece para siempre. Promete guardar «el pacto y la misericordia hasta mil generaciones». Debemos tener cuidado de no entenderlo mal. Fácilmente podría leerse como si dijera: «Te ganas el amor de Dios obedeciendo los mandamientos». Eso sería un error.

Fijémonos en esa «misericordia». Si guardaras todos los mandamientos de Dios, si nunca pecaras, ¿para qué necesitarías misericordia? Por supuesto, el cristiano procura vivir de manera agradable a Dios. Si sus mandamientos me dicen que no haga algo y no lo hago, eso es claramente un acto de obediencia a Dios. Pero si he hecho algo que él me prohibió, y me arrepiento y busco su misericordia, en efecto he dicho: «Tu mandamiento, oh Dios, era justo, y yo estaba equivocado». Esto también es una forma de guardar el mandamiento, aunque, desde luego, ¡es preferible no desobedecer desde el principio! Así, procuramos obedecer, nos arrepentimos cuando fallamos y nos apoyamos en la promesa de misericordia de Dios. Al hacerlo, tenemos una promesa no solo para nosotros, sino también para quienes vienen después.

Sabemos que tenemos esa misericordia porque Jesús murió en la cruz por el pecado del mundo. El pueblo del Antiguo Testamento esperaba al Salvador venidero. Nosotros nos alegramos de que ya haya venido. Que Dios mantenga nuestros corazones y pensamientos arrepentidos, confiados en Cristo y dispuestos a confesarlo con obediencia, desde ahora hasta el fin de nuestra vida.

Colecta: Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra, autor de toda piedad: te suplicamos que estés dispuesto a escuchar las devotas oraciones de tu Iglesia y concedas que alcancemos eficazmente lo que pedimos con fe; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Hace mucho que se describió a Estados Unidos como «la tierra de las sectas». Hoy muchas de esas «sectas» se han extendido por el mundo. Yerran de muchas maneras: desde confiar en la palabra de un hombre mortal como si solo él representara a Dios, hasta confiar en la propia razón o en lo que parece correcto únicamente según la propia experiencia. Pero, de una forma u otra, estas falsas enseñanzas menoscaban la Palabra de Dios al enseñar a las personas a confiar más en otra cosa. No debemos atrevernos a hacerlo. ¡La Palabra de Dios debe tener autoridad para corregir esas otras cosas, en vez de imaginar que ellas pueden corregir la Palabra de Dios!

Nuestro Señor nos advierte: «No seáis engañados». También el Catecismo nos previene contra «la falsa fe, la desesperación y otros grandes males y vicios». ¡La falsa fe aparece en primer lugar! ¿Por qué? Porque si invocamos al dios equivocado, si nos aferramos a un falso cristo, no tenemos nada.

Abandona la falsedad. El Evangelio es este: Dios se hizo Hombre en la Persona de Jesucristo; vivió por nosotros una vida santa, perfecta y sin pecado; se ofreció en la cruz como sacrificio expiatorio por nuestros pecados; y resucitó al tercer día, victorioso sobre el pecado, la muerte y el diablo. Solo a este Cristo nos aferramos para tener la esperanza de la vida eterna.

Colecta: Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra, autor de toda piedad: te suplicamos que estés dispuesto a escuchar las devotas oraciones de tu Iglesia y concedas que alcancemos eficazmente lo que pedimos con fe; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Nuestro Señor había expulsado de un hombre una legión de demonios y le había devuelto la razón. En suma, le devolvió la vida. Había enviado los demonios a unos cerdos, animales inmundos, que después se ahogaron. ¿Y cómo reaccionó la gente? ¡Pidió al Señor que se fuera de la región! Parece que la vida de un hombre les importaba menos que una piara de cerdos.

El hombre está agradecido y quiere seguir a Jesús. Pero Jesús le dice que no y lo manda a casa. También nosotros, como creyentes, hemos sido librados por Jesús del poder del diablo; también tenemos corazones agradecidos. Pero no todos los creyentes se hacen pastores o misioneros. A muchos, como a este hombre, nuestro Señor les da la vocación de volver a casa y confesar a su Señor, su fe y su liberación del diablo mediante las acciones y conversaciones de su vida diaria.

Durante el resto de su vida, este hombre sería para su aldea una acusación silenciosa y un llamado continuo al arrepentimiento. «¿Me recuerdan? Soy aquel a quien valoraban menos que a una piara de cerdos. ¿Recuerdan a Jesús? Lo rechazaron por esos mismos cerdos». Quizá, con el tiempo, algunos reconocieron su error, se arrepintieron y llegaron a la fe en Cristo. La vida cristiana de fe se vive precisamente donde estamos. Actúa como cristiano, habla como cristiano, simplemente existe como cristiano; así confiesa la salvación que Dios te ha dado por gracia, mediante la fe en Jesucristo, tu Salvador.

Colecta: Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra, autor de toda piedad: te suplicamos que estés dispuesto a escuchar las devotas oraciones de tu Iglesia y concedas que alcancemos eficazmente lo que pedimos con fe; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

José había sido vendido como esclavo en Egipto por sus propios hermanos. ¡Sus hermanos! ¿Quién hace algo así? ¡Qué maldad! Luego, estando esclavizado, fue acusado falsamente y pasó años en la cárcel. Por la gracia de Dios fue liberado, llegó a ocupar un lugar destacado en Egipto y elaboró un plan para sobrevivir a una hambruna que Dios le había mostrado, mediante los sueños del faraón, que estaba por llegar.

La hambruna llegó. Los hermanos de José fueron a Egipto en busca de alimento. Finalmente, él invitó a toda la familia a vivir allí. Pero cuando murió su padre, Jacob, llamado Israel, los hermanos temieron que José les devolviera el mal que habían hecho. Y José, madurado por todos aquellos años y por la obra de Dios en su vida, respondió con estas palabras: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien».

¡Qué comprensión tan profunda! ¡Dios puede tomar la maldad del hombre y usarla para bien! En ningún lugar lo vemos más claramente que en la maldad de los impíos que crucificaron al Hijo de Dios. Por medio de aquel mal fue expiado el pecado del mundo y se abrió el camino de la vida eterna para todos los creyentes.

A lo largo de nuestra vida, de vez en cuando nos harán daño. También nosotros pecamos y cometemos errores. Cobra ánimo. El Señor puede y quiere servirse incluso de estas cosas para realizar su buena y misericordiosa voluntad.

Colecta: Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra, autor de toda piedad: te suplicamos que estés dispuesto a escuchar las devotas oraciones de tu Iglesia y concedas que alcancemos eficazmente lo que pedimos con fe; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Lección del Libro de Concordia
Vigesimoquinto domingo después de la Trinidad

XIV. De los votos monásticos.

Como los votos monásticos están en conflicto directo con el primer artículo principal, deben ser abolidos por completo. Porque de ellos dice Cristo (Mat. 24:5, 23 y sigs.): «Yo soy el Cristo», etc. Pues quien hace voto de vivir en un monasterio cree que entrará en un modo de vida más santo que el de los cristianos comunes y quiere ganar el cielo por sus propias obras, no solo para sí mismo, sino también para otros; esto es negar a Cristo. Y se jactan, apoyándose en su santo Tomás [es decir, Tomás de Aquino, del siglo XIII], de que un voto monástico es igual al Bautismo. Esto es blasfemia contra Dios.

—Artículos de Esmalcalda, parte III

Lunes, 9 de noviembre: Mat. 16:1–12 **25.º dom. d. Trinidad**

Los fariseos y los saduceos se acercaron a Jesús con apariencia de investigadores sinceros. Le pidieron una señal del cielo. Nunca les habían faltado pruebas. Habían visto sus milagros y escuchado su predicación, y aun así sus corazones seguían endurecidos contra él. Más señales no curarán la incredulidad. El Espíritu Santo la vence al obrar por medio de la Palabra de Cristo.

Jesús advirtió entonces a sus discípulos que se guardaran de «la levadura de los fariseos y de los saduceos». Ellos supusieron que hablaba de pan. Nuestro Señor tenía en mente algo mucho peor que el hambre. La falsa doctrina comienza silenciosamente, como la levadura cuando queda escondida en la masa. Casi nunca llega como una rebelión abierta. Se introduce mediante pequeñas concesiones, confianza mal puesta y enseñanzas que apartan la confianza de Cristo y sus promesas.

Todavía necesitamos escuchar esa advertencia. Cada época tiene su propia levadura. Algunos buscan la salvación en el mejoramiento moral. Otros ponen su esperanza en el sentimiento religioso, en causas políticas o en la sabiduría humana. Incluso los cristianos se sienten atraídos hacia su propio entendimiento en vez de la clara Palabra de Dios. Al diablo le agrada cualquier doctrina que oculte a Cristo, ya parezca respetable o extravagante.

La Iglesia no expulsa la falsa enseñanza inventando un mensaje nuevo. Permanece firme al escuchar a su Buen Pastor en las Santas Escrituras y confesar esa misma fe sin alterarla. Cristo sigue alimentando a su pueblo con su Evangelio y sus Sacramentos, no con especulaciones ni señales a pedido. Allí da a los pecadores lo que necesitan: perdón, vida y salvación.

Colecta: Dios todopoderoso, te suplicamos que muestres tu misericordia a tus humildes siervos, para que quienes no confiamos en nuestros propios méritos no seamos tratados conforme a la severidad de tu juicio, sino según tu misericordia; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

San Pedro nos dice que en los últimos días vendrán burladores que andarán según sus propios deseos pecaminosos. Se burlan de la promesa del regreso de Cristo porque les parece que el mundo ha seguido siempre igual. Toman la paciencia de Dios por indiferencia. Como el juicio no ha llegado, concluyen que nunca llegará.

Pedro responde que la historia misma desmiente esa idea. El mismo Dios que creó el mundo por su Palabra también lo juzgó mediante el diluvio en los días de Noé. Sus promesas no fallan, ya haya anunciado misericordia o juicio. El Señor no tarda ni se ha olvidado. Más bien, «el Señor... es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento».

Esa paciencia es buena noticia para los pecadores. Cada nuevo amanecer atestigua que Cristo todavía quiere reunir a su pueblo mediante la predicación del Evangelio. El tiempo anterior a su regreso no es una demora vacía. Es el tiempo dado a la Iglesia para proclamar el arrepentimiento y el perdón de los pecados en su Nombre.

Sin embargo, Pedro no nos deja acomodarnos en este siglo presente. El Día del Señor llegará inesperadamente. Los cristianos no somos llamados a especular sobre fechas o señales más allá de lo que revela la Escritura. Vivimos en fe hacia Dios y en amor hacia el prójimo, esperando con anhelo la aparición de nuestro Salvador. Nuestra confianza no descansa en nuestra preparación, sino en la obra consumada de Cristo. El que vino primero en humildad a llevar nuestro pecado volverá en gloria para resucitar a los muertos y hacer nuevas todas las cosas.

Colecta: Dios todopoderoso, te suplicamos que muestres tu misericordia a tus humildes siervos, para que quienes no confiamos en nuestros propios méritos no seamos tratados conforme a la severidad de tu juicio, sino según tu misericordia; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Miércoles, 11 de noviembre: Lucas 11:33–36 **San Martín**

Nuestro Señor dice que nadie enciende una lámpara para luego esconderla. Una lámpara debe estar donde se vea su luz. Así también, el Evangelio no debe esconderse ni diluirse para obtener la aprobación del mundo. Cristo envía a su Iglesia a proclamar abiertamente su verdad salvadora, para que quienes andan en tinieblas sean llevados a su luz admirable.

La Iglesia recuerda a san Martín de Tours porque vivió de esa manera. La gente todavía recuerda su caridad. Martín sabía que la necesidad más profunda del hombre no era un manto más abrigado ni un plato más lleno. El mayor don que podía dar era el Evangelio de Jesucristo. Como obispo predicó el arrepentimiento, el perdón y la salvación por Cristo solo. La compasión que se veía en él procedía de la fe que confesaba, y no al revés.

Sigue presente la antigua tentación de separar el amor cristiano de la verdad cristiana. Cristo no divide sus dones. El Señor que perdona a los pecadores también envía a los pecadores perdonados a servir a su prójimo. Las buenas obras no ganan el favor de Dios ni sustituyen su Palabra. Dan testimonio de la fe que el Espíritu Santo crea mediante el Evangelio.

Nuestro Señor también advierte que el ojo debe mantenerse sano, o las tinieblas llenarán todo el cuerpo. El cristiano mantiene los ojos puestos en Cristo, la Luz del mundo. Mientras su Palabra habita abundantemente entre nosotros, no quedamos a tientas en las tinieblas de este siglo. Recibimos su luz. Esa luz se manifiesta en el servicio humilde, en una confesión firme y en una esperanza que descansa únicamente en su misericordia.

Colecta: Oh Dios, que llamaste a Martín a predicar el Evangelio, concede a tus siervos firmeza en la confesión de la verdadera fe, para que prediquen ese Evangelio inmutable en medio de las tinieblas de este siglo; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Cuando nuestro Señor habla del fin del siglo, no alimenta la curiosidad. Habla para que sus discípulos se mantengan firmes cuando parezca que el mundo se desmorona. Las guerras, la persecución, las convulsiones y el estremecimiento de la creación no significan que Cristo haya abandonado a su Iglesia. Nos dicen que este mundo presente está pasando y que nuestra redención se acerca.

Jesús declara: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Todo lo demás tiene una vida breve. Las naciones se levantan y caen. Los reinos florecen y se marchitan. Las obras humanas más sólidas se agrietan con el tiempo. La Palabra de Cristo perdura porque descansa en su propia fidelidad. Lo que ha prometido, lo hará.

Los cristianos que viven días agitados necesitan esa Palabra. Si medimos el cuidado de Dios por los titulares o por lo que nos sucede, comenzamos a preguntarnos si la Iglesia durará otra generación o si la verdad misma se desvanece. Cristo responde a esos temores con su propia promesa. Su Palabra no puede fallar. Su Iglesia tampoco, pues está edificada sobre él.

Tal confianza no es excusa para quedarnos inmóviles. Nos impulsa a aferrarnos más a las Escrituras, recibir los dones de Cristo tal como se nos dan y fortalecernos unos a otros mientras esperamos su aparición. No sabemos qué traerá el mañana. Conocemos a Aquel que tiene el mañana en sus manos. El mismo Señor que vino en humildad a llevar nuestros pecados volverá en gloria y reunirá a su pueblo en el reino eterno que no puede ser conmovido.

Colecta: Dios todopoderoso, te suplicamos que muestres tu misericordia a tus humildes siervos, para que quienes no confiamos en nuestros propios méritos no seamos tratados conforme a la severidad de tu juicio, sino según tu misericordia; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Nuestro Señor cierra la puerta a las conjeturas sobre el día de su regreso. «Pero del día y la hora nadie sabe». Época tras época, los hombres han intentado calcular lo que Cristo dejó oculto. Esos intentos siempre terminan en lo mismo: apartan a los discípulos de lo único que Jesús les mandó hacer, velar.

La vigilancia cristiana significa permanecer en el trabajo que se nos ha dado, no predecir fechas con nerviosismo. Jesús señala los días de Noé. La gente comía, bebía, se casaba y seguía su vida cotidiana hasta que llegó el diluvio. El problema no era que disfrutaran de los dones de Dios. Vivían como si su Palabra no contara para nada. Noé predicó durante años y construyó el arca, pero la mayoría ignoró tanto al predicador como al sermón.

El trabajo, el recreo, los bienes y las tareas del día absorben fácilmente nuestra atención. Ninguna de estas cosas es mala en sí misma. Cuando desplazan el escuchar la Palabra de Dios, recibir sus Sacramentos y vivir en arrepentimiento, nos adormecen con una paz que no es real. El mayor peligro no es que Cristo venga demasiado pronto, sino que comencemos a vivir como si nunca fuera a venir.

Así, el mandato de «velar» es una invitación a permanecer donde él ha prometido ser hallado. Nos mantiene despiertos por la predicación del Evangelio, por el santo Bautismo que sigue proclamando la promesa de Dios y por la santa Cena, en la cual fortalece la fe con su propio Cuerpo y Sangre. El futuro que aguardamos no está vacío. Esperamos al Salvador que ya nos ha redimido. Velamos, pues, sin terror y con alegre esperanza.

Colecta: Dios todopoderoso, te suplicamos que muestres tu misericordia a tus humildes siervos, para que quienes no confiamos en nuestros propios méritos no seamos tratados conforme a la severidad de tu juicio, sino según tu misericordia; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Nuestro Señor concluye el discurso pasando de la certeza de su regreso a la vocación de quienes lo esperan. El siervo fiel no es quien adivina cuándo llegará el amo. Es aquel a quien se encuentra haciendo el trabajo puesto en sus manos. La fidelidad se mide por la constancia, no por la especulación.

La lección alcanza a toda vocación cristiana. El esposo ama a su esposa. La esposa sirve a su familia. Los padres crían a sus hijos en el temor del Señor. Los trabajadores laboran honradamente. Los pastores predican a Cristo crucificado y administran sus Sacramentos según se les ha encomendado. Ninguna de estas vocaciones pierde importancia porque Cristo vaya a regresar. Su regreso da un peso perdurable a la fidelidad cotidiana.

Jesús también advierte contra el siervo que comienza a decir: «Mi señor tarda en venir». Una vez que arraiga ese pensamiento, todo cambia. Deja de servir a su amo y se sirve a sí mismo. Maltrata a otros, seguro de que no habrá rendición de cuentas. El pecado crece donde se abandona el temor de Dios.

La vida cristiana no descansa en esa suposición. Sabemos que Cristo volverá, aunque la hora nos esté oculta. Sabemos también que el Juez que viene es quien se entregó a la muerte por nuestra salvación. Su regreso nos advierte y también nos consuela. Le pertenecemos. Nuestros pecados han sido perdonados por su sangre. Nos guarda mediante sus medios de gracia hasta el día en que lo veamos cara a cara. Hasta ese día permanecemos en el trabajo que nos ha encomendado, gozosos de que nuestro trabajo en el Señor nunca es en vano.

Colecta: Dios todopoderoso, te suplicamos que muestres tu misericordia a tus humildes siervos, para que quienes no confiamos en nuestros propios méritos no seamos tratados conforme a la severidad de tu juicio, sino según tu misericordia; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Lección del Libro de Concordia
Vigesimosexto domingo después de la Trinidad

CAPÍTULO III, ARTÍCULO VI.

Pero ellos [los romanistas] objetan que el amor es preferido a la fe y a la esperanza. Pues Pablo dice (1 Cor. 13:13): «El mayor de ellos es el amor». Ahora bien, según esto, justificar corresponde a la virtud mayor y principal. Aunque Pablo en este pasaje habla propiamente del amor al prójimo e indica que el amor es el mayor porque tiene más frutos. La fe y la esperanza se dirigen solo a Dios; pero el amor tiene innumerables deberes externos hacia los hombres. Sin embargo, concedemos a los adversarios que el amor a Dios y al prójimo es la mayor virtud, porque el principal mandamiento es este: «Amarás al Señor tu Dios» (Mat. 22:37). Pero ¿cómo deducirán de allí que el amor justifica? La mayor virtud, dicen, justifica. De ninguna manera. Pues así como ni siquiera la mayor o primera Ley justifica, tampoco justifica la mayor virtud de la Ley. Justifica aquella virtud que se aferra a Cristo, que nos comunica los méritos de Cristo, por los cuales recibimos la gracia y la paz de Dios. Pero esta virtud es la fe. Porque, como se ha dicho muchas veces, la fe no es solo conocimiento, sino mucho más: querer recibir o asir lo que se ofrece en la promesa acerca de Cristo. Además, esta obediencia a Dios, a saber, querer recibir la promesa ofrecida, no es menos culto divino, λατρεία, que el amor. Dios quiere que le creamos y recibamos de él bendiciones, y declara que este es el verdadero culto divino.

—Apología de la Confesión de Augsburgo, §§104–107

Nuestro Señor no dice a su Iglesia exactamente cuándo llegará el fin del mundo para que recibamos con alegría su regreso en cualquier momento. Cuando «creemos su santa Palabra y llevamos una vida piadosa», vivimos esperando el regreso de Cristo. Hasta que vuelva, debemos usar fielmente nuestros dones para extender su reino.

En el texto de hoy, los oyentes entendieron mal y pensaron que el reino de Dios sería un reino terrenal. Creían que Jesús reinaría físicamente desde Jerusalén. Y algunos apóstoles pidieron: «Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda» (Marcos 10:37). Esta idea persistió incluso después de la resurrección, cuando los discípulos preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» (Hechos 1:6).

El reino de Jesús es un reino fundado en la fe y no es de este mundo. Jesús ya estaba restaurando su reino mediante su obra de expiación. El reino de Dios viene cuando santificamos su Nombre. El resultado de nuestros esfuerzos variará, así como varió el rendimiento de la mina de cada uno. Dejamos los resultados a Dios mientras permanecemos fieles en nuestra administración de la Palabra. Al Señor le agrada nuestra fidelidad a su Palabra.

Quienes estorban el verdadero reino de Dios afirman mentirosamente que temen el reinado de un Jesús severo. Sus propias palabras se convierten en su severa condenación, mientras nuestro Jesús sigue siendo misericordioso y amoroso.

Colecta: Oh Dios, rige y gobierna nuestros corazones y pensamientos por tu Espíritu Santo, para que, teniendo siempre presente el fin de todas las cosas y el día de tu justo juicio, seamos movidos a vivir aquí en santidad y después habitemos contigo para siempre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

La presencia del sufrimiento en este mundo es un problema persistente para los incrédulos cuando intentan conciliarlo con su visión del mundo. Para ellos, el sufrimiento es únicamente malo y carece de beneficio. Sin embargo, las Escrituras presentan al cristiano una imagen diferente.

En primer lugar, los cristianos reconocen que este mundo no es perfecto. Gimiendo bajo el pecado, este mundo incluye el sufrimiento. La vida exige «el sudor de la frente» en medio de «espinos y cardos» (Génesis 3:18–19). Además, los creyentes también sufrirán «por causa de la justicia» (1 Pedro 3:13–17).

En segundo lugar, los cristianos somos llamados a ser «sobrios y velar» en nuestras oraciones. Ya no seguimos nuestros deseos pecaminosos, sino que buscamos hacer la voluntad de Dios. Se nos manda permanecer fieles incluso bajo persecución.

En tercer lugar, los cristianos saben que habrá un «fin de todas las cosas». Nuestro Jesucristo sin pecado sufrió para procurarnos la salvación mediante la fe. Ese fin bienaventurado, que llega después de la muerte, traerá dicha y paz perfectas. El sufrimiento de este mundo no carece de sentido. Dios ha transformado el sufrimiento y lo usa para nuestro beneficio y el de otros. Lo soportamos porque sabemos que, cuando Dios juzgue «a los vivos y a los muertos», dará salvación eterna a quienes creen en el Evangelio predicado del perdón en Jesucristo. A través del sufrimiento alcanzaremos la meta de haber «terminado con el pecado».

Colecta: Oh Dios, rige y gobierna nuestros corazones y pensamientos por tu Espíritu Santo, para que, teniendo siempre presente el fin de todas las cosas y el día de tu justo juicio, seamos movidos a vivir aquí en santidad y después habitemos contigo para siempre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

La Fórmula de Concordia (Declaración Sólida, IV, 37–38) responde a la falsa afirmación de que «las buenas obras son supuestamente perjudiciales para la salvación», diciendo: «La culpa, sin embargo, no está en las buenas obras mismas, sino en la falsa confianza que, contra la expresa Palabra de Dios, se deposita en las buenas obras». En la lectura de hoy, san Pablo no critica las buenas obras de los creyentes. Está indignado con aquellos falsos maestros que enseñan a los hombres a «confiar en la carne». Estos malos obreros enseñan una falsa confianza en la salvación mediante «mi propia justicia», que está en la Ley.

Antes de su conversión, san Pablo había seguido ese camino de justicia por las obras; pero ya no. ¡La confianza de Pablo para la salvación no está en esas cosas, sino en Cristo! San Pablo describe a los creyentes como quienes «en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne». Nuestra confianza está en Jesucristo y en la justicia que viene de Dios por la fe.

Por supuesto, los creyentes oramos para que Dios rija y gobierne nuestros corazones y pensamientos y nos mueva a vivir aquí en santidad. Sin embargo, no ponemos nuestra confianza en nuestras obras ni en nuestra vida santa. Mediante la fe en Cristo recibiremos la resurrección de entre los muertos.

Colecta: Oh Dios, rige y gobierna nuestros corazones y pensamientos por tu Espíritu Santo, para que, teniendo siempre presente el fin de todas las cosas y el día de tu justo juicio, seamos movidos a vivir aquí en santidad y después habitemos contigo para siempre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

En la lectura de ayer, san Pablo declaró que confía para su salvación en la justicia mediante la fe en Cristo Jesús, para «llegar» a la resurrección de entre los muertos. Hoy aclara que todavía no «lo ha alcanzado», es decir, la resurrección o la perfección.

Los teólogos suelen explicar esto como «ya, pero todavía no». Ahora poseemos la vida eterna por la fe, pero aún no la poseemos por vista, hasta que muramos. Jesucristo me ha «asido» mediante la Palabra de Dios cuando creó la fe en mi corazón y me salvó. Sin embargo, «prosigo, por ver si logro asir» a Jesús y su salvación en mi diario andar cristiano. El cristiano es considerado santo, perfectamente libre de pecado: declarado justo mediante la fe. Sin embargo, hasta que alcance esa resurrección, sigue luchando contra su naturaleza pecaminosa y esforzándose por la perfección y la santidad de vida. En ningún momento antes de la muerte puedes decir que «lo hayas alcanzado» o que «ya seas perfecto».

El «supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» del que habla san Pablo es sencillamente lo que Lutero expresa así: «El Espíritu Santo me ha llamado por el Evangelio». Decimos: «Tengo la certeza, por la fe, de que me espera el premio de la vida eterna. Por tanto, prosigo hacia la meta, siguiendo el tercer uso de la Ley, la regla de Dios».

Colecta: Oh Dios, rige y gobierna nuestros corazones y pensamientos por tu Espíritu Santo, para que, teniendo siempre presente el fin de todas las cosas y el día de tu justo juicio, seamos movidos a vivir aquí en santidad y después habitemos contigo para siempre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Le cuentan a Jesús el espantoso crimen homicida cometido por Pilato contra unos galileos. Jesús mismo menciona una catástrofe al derrumbarse una construcción en Siloé. Algunos pensaban que estos dos sucesos probaban que los difuntos eran extraordinariamente culpables de algún pecado secreto o no tan secreto y que Dios usaba estos acontecimientos excepcionales para castigarlos. Sin embargo, Jesús niega que los muertos fueran peores pecadores que los demás: «Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente».

La mentalidad moderna podría descartar esos sucesos «fortuitos» como simples desgracias. Sin embargo, Jesús ni descarta la posibilidad ni acepta la conexión entre esa calamidad y su supuesto castigo. En cambio, señala que todos los pecadores corren siempre el peligro de perecer sin arrepentimiento. En el momento de la muerte se cierra la oportunidad que la gracia de Dios ofrece para el arrepentimiento. Sirva esto de advertencia para todos.

La parábola siguiente, de la higuera en la viña, ilustra la clemencia de Dios al demorar el juicio, esperando que el camino de arrepentimiento y fe que ofrece evite la condenación. La mediación de Cristo, junto con repetidos esfuerzos para producir frutos de arrepentimiento, muestra la misericordia de Dios. No obstante, la negativa persistente del hombre a ser salvo mediante la fe en Cristo terminará en condenación eterna. No tardes; hoy es el día para arrepentirte y creer en Cristo.

Colecta: Oh Dios, rige y gobierna nuestros corazones y pensamientos por tu Espíritu Santo, para que, teniendo siempre presente el fin de todas las cosas y el día de tu justo juicio, seamos movidos a vivir aquí en santidad y después habitemos contigo para siempre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

El pecado y la malvada iniquidad son reales. Son transgresión de la voluntad revelada de Dios. El castigo debido como paga del pecado incluye la muerte temporal y la condenación eterna. El misericordioso Padre celestial ha provisto un sacrificio por los pecados mediante la encarnación de su Hijo amado. Jesucristo, perfectamente obediente, entregó su vida como sacrificio sustitutivo en nuestro lugar. Jesús nos ofrece su sangre del pacto para lavar los pecados y el castigo que merecíamos. El Espíritu Santo desea crear la fe mediante la promesa evangélica del perdón. Solo hay un sacrificio por el pecado aprobado por Dios: el sufrimiento y la muerte de Cristo. Quienes rechazan al Hijo de Dios y repudian la verdad de su Palabra no encontrarán otro modo de evitar la temible expectación del juicio.

Conocemos a personas que han entrado en la Iglesia de Dios y han sido instruidas en el conocimiento de la verdad. Algunas ignoraban el cristianismo hasta recibir catequesis. Otras habían sido criadas en la falsedad, y palabras fieles y sanas les abrieron los ojos. Confesaron la verdad. Y luego, por alguna razón, algunas apostataron deliberadamente. Abandonaron lo que antes habían creído y confesado ante los hombres. El autor de Hebreos advierte a quienes tomarían a la ligera una defección de la verdad de la fe cristiana. Sin Cristo no queda nada más que temor.

Colecta: Oh Dios, rige y gobierna nuestros corazones y pensamientos por tu Espíritu Santo, para que, teniendo siempre presente el fin de todas las cosas y el día de tu justo juicio, seamos movidos a vivir aquí en santidad y después habitemos contigo para siempre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Lección del Libro de Concordia
Último domingo después de la Trinidad

ARTÍCULO XVII.

También enseñan que, en la consumación del mundo, Cristo aparecerá para juzgar y resucitará a todos los muertos; dará a los piadosos y elegidos vida eterna y gozos perpetuos, pero condenará a los hombres impíos y a los demonios a ser atormentados sin fin.

Condenan a los anabaptistas que piensan que habrá un fin para los castigos de los hombres condenados y de los demonios. Condenan también a otros que ahora difunden ciertas opiniones judías, según las cuales, antes de la resurrección de los muertos, los piadosos tomarán posesión del reino del mundo, quedando los impíos suprimidos —exterminados— en todas partes.

—Confesión de Augsburgo

Para consuelo de su Iglesia, nuestro Señor nos asegura que no solo el año de su regreso es, en definitiva, imposible de conocer mediante cálculos humanos, sino incluso la hora del día. Los cristianos tienden a oscilar entre dos extremos al considerar el regreso del Señor: o se llenan de pánico pensando que su venida es inminente, o imaginan que pueden posponer el arrepentimiento hasta mañana.

Nuestro Señor nos dice constantemente: «Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo». No sabemos el momento; por tanto, debemos estar siempre preparados. La preparación se mide, pues, por un andar de arrepentimiento y por las buenas obras que son fruto de la fe. Nuestro Señor simplemente enseña a su Iglesia a vivir como cristianos. No hay una especie de «protocolo especial para los últimos días» que debamos poner en marcha; más bien, debemos arrepentirnos, recibir la absolución, participar de los dones del Señor en la Palabra y los Sacramentos, amar a los hermanos, servir al prójimo y, o bien (a) morir en la fe, o bien (b) estar preparados para el regreso del Señor. La elección entre estas dos últimas opciones depende del tiempo dispuesto por el Señor. El fin del año eclesiástico no es tiempo de pesimismo sombrío ni de triunfalismo fuera de lugar. Una muerte cristiana es el fin consolador de una vida cristiana, porque ambas tienen lugar en la promesa del Bautismo y, por tanto, en la bienaventurada esperanza de la resurrección cuando vuelva nuestro Señor.

Colecta: Te suplicamos, Señor, que absuelvas a tu pueblo de sus ofensas, para que por tu abundante bondad seamos librados de las ataduras de nuestros pecados, que por nuestra fragilidad hemos traído sobre nosotros; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

La promesa de la Nueva Jerusalén es que será un lugar donde el Señor habite para siempre con su pueblo, y el consuelo de esa presencia sin fin se expresa mediante los males de esta vida que desaparecerán: «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron». Nuestra vida y nuestro gozo en el Señor se conocen, en parte, por la eliminación de aquellas cosas de esta vida en el valle de lágrimas que eran fruto del pecado.

La promesa de la Nueva Jerusalén también asegura la tierra nueva. Nuestro hogar eterno no es el cielo: es la Nueva Jerusalén que se encuentra sobre la tierra nueva. La ciudad de Dios estará sobre lo que el Señor forme en lugar de lo que «había pasado».

Sabemos que es así porque el Señor nos lo ha dicho en su Palabra, y mediante su Palabra todas las cosas fueron llamadas a existir desde el principio y han sido sostenidas hasta hoy. Él ha dado su Palabra, y así sucederá. Las dudas y los temores con que los santos del Señor lucharon en esta vida, al tratar de comprender todo esto, habrán llegado a su fin.

Colecta: Te suplicamos, Señor, que absuelvas a tu pueblo de sus ofensas, para que por tu abundante bondad seamos librados de las ataduras de nuestros pecados, que por nuestra fragilidad hemos traído sobre nosotros; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Al leer la lección, parece razonable suponer que los discípulos recibieron a la vez menos y más de lo que esperaban. Recibieron menos, porque claramente querían un calendario: un número de años, una serie de generaciones, quizá la identificación de un gobernante secular. Recibieron más, porque el Señor les presenta el esquema de toda la era del Nuevo Testamento: guerras, rumores de guerras, plagas, persecuciones, el odio de las naciones, la apostasía de muchos dentro de la Iglesia visible. Todas estas cosas han sucedido y siguen sucediendo con cada generación, tal como las cuenta el mundo.

Pensemos por un momento en el último versículo: «Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, este será salvo. Y será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin». En nuestro tiempo es fácil advertir cómo se enfría el amor de muchos; pero ni siquiera eso es un fenómeno enteramente nuevo. Lo que nos importa como cristianos es la certeza de que no permanecemos en la fe en vano: «Mas el que persevere hasta el fin, este será salvo». Desde el día de Pentecostés se ha proclamado el Evangelio a todas las naciones. Y en nuestro tiempo la Palabra sigue extendiéndose. Mantente firme en tu esperanza en el Señor.

Colecta: Te suplicamos, Señor, que absuelvas a tu pueblo de sus ofensas, para que por tu abundante bondad seamos librados de las ataduras de nuestros pecados, que por nuestra fragilidad hemos traído sobre nosotros; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

La lectura de hoy une el juicio de las naciones y el llamamiento del pueblo de Dios de entre las naciones. Cuando leemos en la Palabra de Dios: «Mi determinación es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira», quizá resulte fácil esperar simplemente una declaración del juicio de los paganos en contraste con la salvación de Israel.

Pero el Señor no dice lo que quizá esperaríamos, sino lo que es verdad: «En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el Nombre del Señor, para que le sirvan de común consentimiento». La unidad de lenguaje —la confesión común— está en el corazón de la unidad de los hijos de Dios, llamados de toda nación, tribu y lengua de los hombres. Este pasaje de Sofonías es uno de los muchos del Antiguo Testamento que afirman que no todos los hijos de Abraham nacen por descendencia física de Abraham. Los pueblos son llamados a la unidad de un lenguaje puro y al servicio de la santa Trinidad en concordia, o «con un mismo consentimiento», según la expresión de la KJV. Una confesión común une al pueblo del Señor a través de todas las generaciones, pues confiesa al mismo Salvador, Jesucristo, nuestro Señor.

Colecta: Te suplicamos, Señor, que absuelvas a tu pueblo de sus ofensas, para que por tu abundante bondad seamos librados de las ataduras de nuestros pecados, que por nuestra fragilidad hemos traído sobre nosotros; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Lo que más destaca en la lección de hoy es la distinción entre lo que puede ser conmovido —y, por tanto, lo será— y lo que no puede ser conmovido. La voz del Señor hizo temblar la tierra y, según promete, lo hará una vez más. Incluso los cielos serán sacudidos. Por eso habrá un cielo nuevo y una tierra nueva en los cuales habita la justicia. Y no se nos deja en duda sobre el significado de esa conmoción: «Y esta frase: "Aún una vez", indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles». No es una perturbación: es una demolición.

Lo que puede ser conmovido será conmovido, y lo que será conmovido no permanecerá. Tampoco se nos deja en duda sobre lo que permanecerá: «Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor». El reino de Dios, que a menudo parece tan débil según las extrañas medidas de este mundo, es lo único que realmente perdura, porque tiene la promesa de Dios. Como en los días de Noé, cuando el arca fue preservada por las promesas de Dios y no por la resistencia de la madera, así sucederá con el reino de Dios: la renovación de todas las cosas no lo pondrá en peligro ni lo desplazará. Más bien, todo quedará dispuesto para el reino de Dios, que permanece para siempre.

Colecta: Te suplicamos, Señor, que absuelvas a tu pueblo de sus ofensas, para que por tu abundante bondad seamos librados de las ataduras de nuestros pecados, que por nuestra fragilidad hemos traído sobre nosotros; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Al presentar el juicio, nuestro Señor describe la distinción entre creyentes e incrédulos en términos de sus obras. Ninguno de los dos grupos reconocía sus obras, o la falta de ellas, como indicación de lo que habían hecho por el Señor: veían a su prójimo y, o lo atendían en su necesidad, o lo descuidaban y despreciaban. Y, significativamente, la distinción no es entre «limpios» e «inmundos»: el pastor separa las ovejas de los cabritos, no las ovejas de los cerdos. Así, la imagen no representa la división entre quienes son ritualmente puros o impuros, sino entre quienes manifiestan el fruto de la fe en su andar terrenal y quienes no lo hacen.

Dado el gran énfasis de la Escritura en la salvación por gracia mediante la fe, puede inquietarnos un poco la manera en que se mencionan las obras al presentar nuestro Señor el Juicio. Pero debemos recibirlo entendiendo que se revelará lo que ha estado oculto: aunque a menudo nos resulte difícil comprender plenamente cómo se ha manifestado nuestra fe en nuestras vidas en medio de este valle de dolores, el Señor conoce todos los corazones, y el fruto de la fe que el Espíritu Santo sostuvo en nosotros será alabado por el Señor en aquel Día.

Colecta: Te suplicamos, Señor, que absuelvas a tu pueblo de sus ofensas, para que por tu abundante bondad seamos librados de las ataduras de nuestros pecados, que por nuestra fragilidad hemos traído sobre nosotros; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

EL SITIO WEB AUGUSTANA500 YA ESTÁ DISPONIBLE.—La diócesis comienza los preparativos para el 500.º aniversario de la presentación de la Confesión de Augsburgo en 2030. El sitio augustana500.info es nuestro principal recurso en línea; están disponibles el texto de la Confesión de Augsburgo del Libro de Concordia de 1580 y la traducción de Henkel de 1854. Se añaden enlaces a nuevos recursos bibliográficos a medida que aparecen. También se ofrece una variedad de artículos promocionales.

NUEVOS RECURSOS DE REPRISTINATION PRESS:

Breve y útil librito sobre la Cena del Señor (1572), de Nicolaus Selnecker. ISBN 979-8953656016. 56 páginas. $9.99

Impreso originalmente en Estrasburgo en 1572, Breve y útil librito sobre la Cena del Señor se organiza en tres partes. La primera defiende el sentido propio de las palabras de institución de Cristo frente a la transubstanciación y a las interpretaciones que reducen el Sacramento a un signo de una realidad ausente. La segunda trata de la verdadera presencia de Cristo, el poder de su institución y la relación de la doctrina eucarística con la unión personal y la comunicación de propiedades. La tercera distingue la manducación natural, sacramental y espiritual, explicando tanto la recepción oral del cuerpo y la sangre de Cristo por comulgantes dignos e indignos como la recepción salvadora de Cristo por la fe.

Sobre la unión inseparable de las dos naturalezas de Cristo: contra Andreas Osiander (1552), de Andreas Musculus. ISBN 979-8161995662. 56 páginas. $9.99.

¿Qué relación tiene la unión de las naturalezas divina y humana de Cristo con la justificación del pecador? Al escribir contra Andreas Osiander en 1552, Andreas Musculus, uno de los seis autores de la Fórmula de Concordia, sitúa la Persona del Redentor en el centro de esta apremiante controversia de la Reforma.

En noventa y tres proposiciones, Musculus recurre a la Escritura y al testimonio de los maestros de la Iglesia para confesar la unión inseparable de las dos naturalezas de Cristo en una Persona. Su argumento avanza desde la encarnación y la comunicación de atributos hasta la mediación y redención de Cristo y la imputación gratuita de la justicia mediante la fe. El arrepentimiento y la nueva obediencia se siguen de la obra salvadora del único Señor que es a la vez Dios y hombre.

Clero de la ELDoNA, congregaciones y misiones afiliadas

Rvdmo. James Heiser
Iglesia Luterana Salem, Malone, TX

Rvdo. Jeffrey Ahonen
Iglesia Luterana Buen Pastor, Tony, WI; Iglesia Luterana Paz, Ironwood, MI; Iglesia Luterana Pure Blessings, Brandon, WI

Rvdo. Jerald Dulas
Iglesia Luterana Santos Pedro y Pablo, Simpsonville, SC; Misión Luterana Todos los Santos, Myrtle Beach, SC; Misión Luterana San Miguel y Todos los Ángeles, Martinez, GA; Misión Luterana San Bartolomé, Fort Myers, FL; Misión Evangélica Luterana San Lucas, UAC, Ormond Beach, FL

Rvdo. Douglas Handrich (emérito)
Iglesia Luterana Santa Cruz, Peoria, IL

Rvdo. Kent Heimbigner
Iglesia Luterana Caridad, Burleson, TX

Rvdo. Benjamin Henson
Iglesia Luterana Santa Cruz, Peoria, IL

Rvdo. Jacob Henson
Iglesia Luterana Apologia, Deer Park, WI

Rvdo. Michael Henson
Iglesia Luterana Trinidad, Herrin, IL

Rvdo. Martin Jackson
Iglesia Evangélica Luterana Cordero de Dios, Rogers, AR

Rvdo. Mark Mueller
Iglesia Luterana Redentor, Cambridge, MN

Rvdo. John Rutowicz
Iglesia Luterana San Bonifacio, Niles, MI

Rvdo. Josiah Scheck
Iglesia Luterana Cristo, Richmond, MO

Rvdo. Eric Stefanski
Iglesia Luterana Santísima Trinidad, Harrison, AR; Misión Luterana Emmanuel, Conway, AR

Rvdo. Timothy Tolar (emérito)
Iglesia Luterana San Lucas, Kenai, AK; Misión Luterana de Homer, Homer, AK

Rvdo. Brandon Warr
Iglesia Luterana San Patricio, Chipley, FL

Rvdo. diácono Gary Harroun
Iglesia Luterana Trinidad, Herrin, IL

Rvdo. diácono Anthony Oncken
Iglesia Luterana Salem, Malone, TX

Rvdo. diácono Floyd Smithey
Iglesia Luterana Santos Pedro y Pablo, Simpsonville, SC; Misión Luterana Santiago, Knoxville, TN

Rvdo. Daniel Mensing